

El Tren

Érase una vez un niño y una niña que vivían en un andén que siempre estaba vacío. En él no habían puertas ni ventanas, solo muros de ladrillo, pero a ellos no les importaba porque se lo pasaban genial jugando juntos.

Un día el niño le pidió a la niña sentarse en un banco de piedra junto a los raíles para ver pasar el tren, y entonces escucharon por primera vez el ruido de las ruedas al chocar con los raíles y el silbido de la locomotora. A la niña le daba miedo que llegara el tren y tuviera que subirse a él, pero el niño le dijo que lo olvidase para que pudiesen seguir jugando como antes, porque así el tren no llegaría nunca. Ella aceptó y cuando se levantó del banco dejó de ver y oír al tren y siguieron jugando.

Fue pasando el tiempo y el niño y la niña se convirtieron en un chico y una chica, y después en un hombre y una mujer. Los dos se divertían mucho juntos, pero de vez en cuando él le volvía a pedir que se sentaran en el banco a observar el tren y ella siempre aceptaba. Cuando esto sucedía y veía al tren avanzar cada vez más en su marcha inexorable, siempre le entraba miedo, pero él siempre intentaba tranquilizarla.

—No te preocupes, mi amor. Olvida esto y volvamos a estar como antes.

Pero a ella cada vez le resultaba más difícil ignorar al tren y dejar de verlo y oírlo, e incluso llegó un punto en el que el humo de la chimenea se colaba en el andén y volvía al aire espeso e irrespirable. Eso le hacía toser y quería salir de ahí para respirar aire puro y limpio, pero no había puertas ni ventanas.

Cuando el hombre le volvió a pedir sentarse en el banco a ver pasar el tren, ella lo vio tan cerca y lo escuchó tan fuerte que decidió que el tren iba a llegar pronto y ella iba a tener que subirse, y que olvidar que estaba allí y seguir jugando no iba a solucionar el problema.

Se levantó del banco y, sin importarle que no hubiese puertas y ventanas, atravesó el muro de piedra y salió del andén, abandonando allí al hombre que decía querer seguir observando al tren.

Al otro lado del muro había una estación sin principio ni fin en la que había montones de niñas y chicas y mujeres que tampoco querían subirse en el tren, y muchos muros derruidos en los andenes sin puertas ni ventanas.

Pero muchísimos muros más seguían intactos.